

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA:

1. BARTHES, Roland. **Elementos de Semiología**. Ediciones Comunicación, B. Aires, 1970.
2. BOAS, Franz. **Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural**. Ediciones Solar, Buenos Aires, 1964.
3. FLEISCHMAN, Eugene y otros. **Estructuralismo y Antropología**. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1969.
4. HAUDRICOURT, André y otros. **Estructuralismo y Lingüística**. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1969.
5. KRISTEVA, Julia. **La Semiótica, Ciencia Crítica y/o Crítica de la Ciencia**. En: Casa de las Américas, N° 71, La Habana, 1972.
6. LEVI-STRAUSS, Claude. **Antropología Estructural**. Eudeba, Buenos Aires, 1958.
7. ————. **Estructuras Elementales del Parentesco**. Paidós, Buenos Aires, 1969.
8. LOTMAN, Yuri. **El Problema de la Tipología de la Cultura**. En Casa de las Américas, N° 71, La Habana, 1972.
9. MOUNIN, George. **Saussure, Presentación y Textos**. Editorial Anagrama, Barcelona, 1971.
10. SAUSSURE, Ferdinand. **Curso de Lingüística General**. Ediciones Losada, Buenos Aires, 1955.

SEMIOLOGIA Y NO-SABER

Por Gérard Bucher,

Profesor de la "State University of New York".

Publicado en: **Recherches**, No. 16, sept. 1974 y **Semiotext**

Vol. 2, No. 1, Spring 1975.

Traducción de: Cecilia Balcázar de Bucher.

RESUMEN

De acuerdo con un gesto cuya precisión resultó en las modalidades de su inserción en el campo epistemológico moderno, Saussure opera un fraccionamiento del lenguaje en varios compartimientos específicos que definen las formas de un conocimiento lingüístico posible. Sin embargo postula en compensación, aunque de un modo todavía influenciado por los prejuicios de su época, una ciencia —la semiología— que al abarcar todo el campo de lo que hoy llamamos las ciencias humanas, tiene por objeto asignar a la problemática del lenguaje (centrada sobre la entidad particular del signo) una función totalizante y globalizadora.

En la prolongación del impulso saussuriano (teniendo en cuenta el aporte freudiano) una teoría del sentido, en vía de elaboración, radicalizará la dicotomía lengua / habla y postulará el desdoblamiento categórico de todo texto: (del "corpus" indefinido de la totalidad de los textos constitutivos de nuestra cultura) 1o. en un campo formal y energético ocultado, y 2o. en una (la) escena representativa metafísica-logocéntrica cuyo desarrollo supone la localización y el reconocimiento dentro de ella de un sujeto de la conciencia. El surgimiento de una forma específica de representación es correlativo al de una forma específica de la conciencia). El campo formal y energético aquí postulado resulta de la incidencia en el espacio simbólico abstracto, provisto por el discurso, de las prácticas significantes que definen la unidad del cuerpo social y de las operaciones inconscientes que efectúa sobre esta matriz el sujeto soporte de la representación-conciencia.

Definida así la axiomática, se plantea sin embargo el problema de una estrategia capaz de realizar efectivamente el rebasamiento de la escena representativa. Esta estrategia la llamaremos práctica subversiva: su tarea tiende a extenuar la idealidad metafísica-teológica del discurso (de la lógica del signo) y a abrir el texto a la heterología (Ba-



taille) de las redes significantes que constituyen la base material explotada y rechazada.

Sin embargo para que la analítica proyectada alcance al discurso en su núcleo neurálgico y pueda liberar sus consecuencias mayores, será necesario que se efectúe sobre un texto (el texto cristiano) el cual a la vez que constituye la cima de la época logocéntrica, constituye la forma más abstracta y más sublime de la totalidad del campo antropológico (de la presunción totalizante de este campo).

Si se admite que el texto cristiano asume una función trascendental en el campo del discurso, un análisis minucioso podrá mostrar que su contenido representativo opera (trata de operar) una capitalización de la totalidad de sus condiciones exteriores de posibilidad (y por lo tanto una recapitulación de las formaciones significantes que constituyen su base histórica concreta). Nadie puede dudar que el proyecto semiológico cuya ejecución supone que es realizable el ciclo singular de un sistema auto-implicado —el discurso que se opone a sí mismo y se cuestiona a sí mismo— encuentre en este texto una figura privilegiada cuyos contornos son difíciles de delimitar.

Al inaugurar una analítica de la representación (pero reconociéndola al mismo tiempo como imposible) la semiología ("... la única economía racional completa", Bataille) simula el proyecto de totalización idealista logocéntrica (cuya expresión filosófica máxima la provee el discurso hegeliano) y al no lograrla sin esperanza (excluyendo en adelante toda posibilidad de relevo idealizante), efectúa la operación soberana prevista por Bataille: el desgaste absoluto del sentido, la irrupción en él de un no-saber ilímite.

Si se postula que la importancia ejemplar de Saussure debe relacionarse con la posición y la función que asume su obra en el contexto del campo epistemológico moderno, se admite, también que la elucidación del alcance de esta obra llevará necesariamente a precisar los parámetros principales que definen la coyuntura epistemológica a la cual pertenecemos. Nos proponemos demostrar precisamente que la obra de Saussure regula todavía el juego de nuestros cometidos actuales de una cierta manera que no es accesoria ni fortuita, que define por adelantado la forma y la necesidad de nuestra tarea presente y futura.

En qué consiste esta posición privilegiada? En primer lugar —y tal vez sea trivial hacerlo notar— porque el gesto de Saussure incide sobre el lenguaje con el rigor y la maestría que se le reconoce en una época en la que las preguntas que el hombre se dirige a sí mismo convergen cada vez con mayor insistencia y coherencia sobre la base absolutamente primera y sin embargo constantemente ocultada que constituye el lenguaje (Hjelmslev dice justamente que el lenguaje quiere ser olvidado). Pero la ejemplaridad de Saussure no podría reducirse a una simple contribución a un movimiento de interés renovado por el lenguaje. Debe referirse a la calidad y a la especificidad del gesto que él opera, que se relaciona esencialmente con una escisión, con una frac-

tura del cuerpo del lenguaje, escisión que se traduce en la postulación hecha por Saussure de la famosa oposición lengua/habla.

Como se sabe, Saussure rechaza del lado del habla la actuación individual y las libres combinaciones del discurso; en tanto que sitúa en el plano de la lengua el aspecto institucional del lenguaje, su sistematicidad transhistórica. Esta primera cisura fundamental lo conduce a definir una ciencia pura del lenguaje y paralelamente a circunscribir ciencias conexas que, apoyándose sobre los conocimientos exteriores al campo restringido de la lingüística (la fisiología, la psicología, la sociología), condicionan el acto de palabra individual.

Nuestra tesis consiste en afirmar que la totalidad del sistema conceptual saussuriano puede deducirse del gesto de discriminación que él opera, porque se puede demostrar que del punto de aplicación de este gesto resulta la definición de un objeto de conocimiento homogéneo susceptible de someterse a los principios y normas del análisis científico. La eficacia de esta operación de exclusión, que define aquí de manera más visible que para cualquier otra ciencia la posibilidad de un conocimiento, se podrá discernir a lo largo de cada una de las interacciones que delimitan la originalidad y la economía interna de la conceptualidad saussuriana.

1. A la escisión del lenguaje en lengua y habla responde la posibilidad de sostener un discurso sobre una esfera restringida del lenguaje definida como objeto de conocimiento: la división permite en efecto, la instauración de una distancia objetiva, y por lo tanto permite la posibilidad de un meta-lenguaje o sea de un lenguaje de segundo grado capaz de transcribir las disposiciones sintácticas y morfológicas de un lenguaje objeto.
2. Debido a que este corte en la infinidad de los fenómenos significantes instaura una circunscripción de un espacio homogéneo interior abstraído de toda adherencia al mundo exterior, se hace posible el análisis de esta interioridad en términos de sistema. La prescindencia de toda intención substancial es lo que, al condicionar el análisis estructural, permite la formalización de las redes internas de dependencia.
3. Al excluir toda relación con la exterioridad, la lingüística saussuriana rechaza la noción de referente y define el signo como entidad bifaz significante/significado, diferencia interna, inmanente al signo mismo y que puede así concordar, en tanto que entidad autónoma puramente formal, con el sistema de las diferencias de signo a signo.
4. En fin, al subordinar la diacronía al análisis sincrónico, Saussure excluye toda problemática auténticamente genética. No reconoce la heterogeneidad radical que caracteriza el proceso generador en relación con el producto. Prescinde de toda comprensión de los procesos concretos y renuncia a considerar la incidencia inquietante y "creadora" que



ejerce sobre el lenguaje la presión de la temporalidad y de la subjetividad.

Después de definir sucintamente el gesto discriminatorio por medio del cual Saussure funda la lingüística, conviene ahora para delimitar su alcance y comprender su eficacia general confrontarlo con el campo epistemológico que le sirve a la vez de asiento previo y de contexto de referencia. Para situar este espacio general, prestaremos de la genealogía de las ciencias humanas elaborados en *Les Mots et les choses* de M. Foucault algunas de sus hipótesis y de sus conclusiones principales.

Se sabe que en la obra citada, Foucault liga el acontecimiento fundador del campo epistemológico moderno con una ruptura que él sitúa a fines del siglo 18 y principios del 19 y cuya modalidad principal reside en una dislocación del espacio de la representación tal cual funcionó desde el siglo 16 en cuanto fondo previo, unitario y no problematizado, y que dominó de manera infalible y singular todas las formas de conocimiento de las que fue capaz el pensamiento clásico. Esta mutación Foucault la describe en los términos siguientes:

“La última ‘pieza’ que saltó —y cuya desaparición alejó para siempre de nosotros el pensamiento clásico— es precisamente la primera de estas armazones: el discurso que aseguraba el despliegue inicial espontáneo, ingenuo de la representación en cuadro. Desde el día en que dejó de existir y de funcionar en el interior de la representación como su ordenamiento primero, el pensamiento clásico cesó por el mismo hecho de sernos directamente accesible”.¹

La consecuencia de esta desaparición añade entonces Foucault es que: “Desligado de la representación el lenguaje sólo existe, en adelante, y aún hasta nuestros días de manera dispersa... bajo modalidades múltiples cuya unidad, sin lugar a dudas, no podría restaurarse”.²

De allí que nuestra hipótesis consiste en afirmar que el gesto de Saussure, teniendo en cuenta un cierto efecto de décalage y/o de cosa consumada cuyas modalidades y causas convendría discernir, no consiste en nada más que retomar el acontecimiento que instituye el campo epistemológico moderno. Es como si Saussure hubiera en cierto modo institucionalizado la fragmentación del espacio unitario del lenguaje, cosa que se habría producido mucho antes que él, de manera ignorada pero fundamental. Habría sabido desentrañar de allí, de manera sistemática, todas las consecuencias: la separación de la representación con relación a los objetos del mundo, la habría traducido por una parte en los términos de una problemática de la no motivación del signo y por otra parte, la dispersión del lenguaje en varias esferas distintas de conocimiento.

Al hacer esto, Saussure no habría hecho otra cosa que realizar y hacer visible la fragmentación del lenguaje operada desde la aurora del siglo 19.

Sin embargo, correlativamente a este fraccionamiento, y de manera que podríamos decir que contrapesa sus efectos, Saussure postula una semiología. Anticipa así una ciencia que tendría por objeto recuperar la totalidad del fenómeno significante en el interior de una problemática totalizante centrada alrededor del ser singular del signo:

“Se puede [...] concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social: formaría parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general: la llamaremos **semiología** (del griego semeion, “signo”). Ella nos enseñaría en qué consisten los signos, qué leyes los rigen. Puesto que no existe todavía, no podemos decir lo que será; pero tiene derecho a la existencia, su lugar está determinado por adelantado”.³

Anotemos que es necesario oponer a Saussure a sí mismo —y esto se ha dicho suficientemente—⁴ y constatar en la formulación del proyecto semiológico, un cierto retroceso en relación con el avance mismo que se realiza. Si es un hecho que la preeminencia acordada a la psicología no hace más que traducir la adhesión anacrónica del discurso saussuriano a los prejuicios de la época, hay que admitir sin embargo que esta limitación no invalidaría en nada la novedad del proyecto.

Sea lo que fuere, la semiología, tal como se la anticipa aquí, sería una ciencia cuya extensión autorizaría la reinscripción en ella de los conocimientos regionales y especializados: “La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general, las leyes que descubrirá la semiología serán aplicables a la lingüística, y esta se encontrará así ligada a un campo bien definido en el conjunto de los hechos humanos”.⁵

Al postular así una semiología, Saussure no hace más que darle cuerpo a un proyecto de totalización que lograría, si no sobrepasar la desintegración del lenguaje, al menos justificarla a posteriori, explicitar sus formas necesarias y en última instancia, recuperarlo en un campo unitario y comprensivo. Al hacer esto, Saussure habría sido uno de los primeros en proponer una tarea que según Foucault... “abarca todos nuestros esfuerzos de hoy para conducir a la coerción de una unidad tal vez imposible el ser desmembrado del lenguaje”.⁶

Podemos entonces tener una visión de conjunto de la posición singular asumida por Saussure en el seno del pensamiento moderno. Según su proyecto fundamental que no habría sido necesariamente del mismo nivel que el de su formulación consciente, Saussure habría tenido como motivo el recuperar en el interior de su discurso la doble preocupación y, de hecho, realizar de nuevo el doble gesto que marca en cada una de sus extremidades los límites del pensamiento moderno. Repitiendo en efecto retrospectivamente el gesto por el cual se inauguró la posibilidad de este pensamiento, deduciendo de allí una axiomática nueva, anuncia él de manera prospectiva no tanto el rebasamiento como la recuperación consciente y exacta de lo que fue este gesto mismo: uniría así él la explosión inicial y las vías nuevas que esta abrió, con la totalidad ideal preexistente que constituyó su condición de posibilidad.



Pero sin anticipar demasiado sobre el extraño efecto de posterioridad en cuyo intervalo podría colocarse todo el enigma del pensamiento moderno, contentémonos de discernir por el momento la coexistencia en Saussure de dos gestos correlativos, complementarios y antagónicos: con la escisión que marca la posibilidad de fundar una ciencia pura del lenguaje, concuerda el proyecto de recuperar lo que fue así dispersado en varias esferas distintas de conocimiento y de reintegrarlo en el interior de un proyecto totalizador de rango jerárquicamente superior.

Antes de proseguir nuestro estudio, anotemos el carácter paradójico de este proyecto totalizador. Si la empresa científica se define en su cometido esencial como la continuación de un trabajo de fragmentación y de diversificación que tiende a inscribir la realidad humana en el contexto inmediato que constituye para ella el universo material concreto, cuál puede ser el sentido de un tal propósito de totalización? Su intención no es, por su destinación esencial, de naturaleza idealista, y si bien se puede admitir que el proyecto totalizador permanece de hecho subyacente a todo esfuerzo científico en general, no exige esa tentación el ser rechazada y desarmada constantemente en cuanto quimera ideológica? Dejemos por el momento en suspenso estas inquietudes y limitémonos solamente a tomar conciencia de la ambigüedad irreductible que oculta el proyecto.

Habiendo notado la oscilación inherente de la conceptualidad saussuriana, nos parece esencial meditar sobre sus modalidades y sus consecuencias para profundizar en sus enseñanzas singulares. Porque, si para Saussure el trabajo científico está ligado esencialmente a la empresa de ruptura de la unidad del lenguaje —la hipótesis semiológica se bosqueja solamente y permanece como puramente programática ya que los dos gestos en su obra no tienen el mismo nivel ni la misma amplitud— postulamos a título de hipótesis fundamental que una semiología no podría constituirse **sin que los dos gestos antinómicos (totalizador/destotalizador) se articulen el uno sobre el otro**, sin que el efecto de apres-coup del que son producto se examine en sus múltiples incidencias y en su necesidad.

Tratar de unir en un discurso único la dispersión del lenguaje y su unificación, he ahí el imperativo crucial que desprendemos de nuestra lectura del **Curso de Lingüística General**.

Creemos que una hipótesis general como esta puede desde ahora conducirnos a precisar, por un lado, las modalidades específicas a las que tendrá que someterse el discurso semiológico, y por otro lado, a definir su postura y su campo de pertinencia: 1). Animado por el designio de abarcar la totalidad de los fenómenos significantes, el campo de la semiología cubrirá lo que queda excluido de manera masiva de una ciencia restringida del lenguaje: tendrá entonces por vocación determinar las condiciones de posibilidad (y/o de imposibilidad) de una teoría general del sentido y de su concepción.

Como una primera aproximación, identificaremos su objeto con la

totalidad de los discursos pronunciados a través de la historia; pero en sentido estricto anotamos que existen a un nivel suficientemente general y fundamental formas dominantes de discurso (míticos, religiosos, ideológicos, científicos) que asignan a la masa anónima y polimorfa de los discursos secundarios una situación derivativa con relación a los discursos dominantes.

Se anota que el discurso científico, especialmente el campo entero de las ciencias humanas, se desprende, de una manera que evitaremos especificar por el momento, de la problemática general de lo que seguiremos designando con el nombre clásico de representación. Se podría adelantar que la problemática de la representación constituye para las ciencias humanas una matriz en cierto modo demasiado íntima que nunca es pensada en sí misma. Esta ocultación del espacio de la representación, si es cierto que equivale a una verdadera exclusión, merece relacionarse con el gesto discriminatorio de Saussure. Este gesto aparece desde entonces, y teniendo en cuenta el objeto específico apuntado —el lenguaje— como la forma visible y sintomática de una operación que afecta realmente el campo entero de las ciencias humanas.

Por otro lado, esta adherencia de las ciencias humanas al espacio de la representación, no podríamos decir que se verifica, de manera particularmente flagrante, por la creencia no cuestionada (y de hecho fundadora) de las ciencias humanas en la eficacia de la toma del lenguaje sobre el mundo, creencia que la lingüística saussuriana pretendía denunciar precisamente como ingenuidad (que ella sola de hecho podía —y debía— denunciar, ya que esta denuncia era al mismo tiempo lo que la hacía posible en cuanto objeto de conocimiento).

2). Correlativamente a la extensión ilimitada de su campo y a las formas dominantes que hemos postulado, la modalidad característica del discurso semiológico procede de una radicalización del gesto discriminatorio saussuriano entre la lengua y el habla. Llevando esta dicotomía a su límite, adelantaremos la hipótesis del desdoblamiento de todo discurso en un **espacio formal y energético** de una parte, conectado con los procesos materiales y las prácticas significantes sociales concretas. Este espacio corresponde al conjunto de los dispositivos restrictivos anónimos y/o inconscientes donde se inscribe, en tanto que causa efectiva exterior al discurso, lo que produce todo espacio representativo en general. Y la **escena representativa**, propiamente dicha, conjunto de los efectos de sentido que son los únicos vividos y percibidos por un sujeto que se reconoce como conciencia. El despliegue de la escena representativa supone la reducción, la explotación y el rechazo de la causa material que la funda. Esta exclusión se ve compensada por el surgimiento de un espacio virtual utópico que ordena una causa imaginaria subsumante y fundadora —el significado trascendental— el cual realiza el eclipse de la causa material. Se admitirá entonces: a). que el espacio de la representación es un universo básicamente metafísico-teológico, b). que es el lugar de un desconocimiento irreductible, ya que una de las funciones principales de la escena representativa es precisamente incluir y localizar en ella un sujeto de la conciencia.

Se ve que el cambio de terreno que hemos realizado al pasar de una ciencia restringida a una ciencia general del lenguaje modifica totalmente la relación del código con el mensaje tal como lo concibió Saussure. Si en el interior de la lingüística, el código (la lengua) se define como un sistema cerrado sobre sí y de hecho susceptible de acceder al estatus de objeto de conocimiento, en el interior del espacio semiológico que acabamos de circunscribir someramente, es por el contrario la 'parole' la que aparece como constreñida y cerrada (cerrazón metafísico-teológica) en tanto que el código, que se desprende de una multitud de dispositivos anónimos, sin origen y sin término, no podría relacionarse con ningún espacio homogéneo y limitado. Vemos entonces que el análisis semiológico, lejos de preservar una interioridad cerrada sobre sí, se propone subvertir el espacio homogéneo del sentido y dispersar de él la substancia ideal en la dimensión exponencial y heterotópica de los procesos materiales concretos. Al hacer esto, el discurso semiológico no se esforzará en salvaguardar los derechos de una propiedad exclusiva de la lengua sino —midiendo lo que vale el gesto que dirime entre lengua y habla— se propondrá precisar las formas de conexión y/o de juntura entre estos términos capaces de plantear las bases de una problemática auténticamente generativa: se tratará sobre todo de proveer una representación inteligible de la lectura misma en cuanto proceso y en cuanto efecto; es decir, de discernir las condiciones de posibilidad a la vez exteriores e interiores a la representación que la sostienen, la sistematizan y le aseguran su cohesión a primera vista.

Sin embargo, porque la semiología trata de imaginar una forma de relación entre dos categorías, la lengua y el habla, que por principio son mutuamente exclusivas, porque define la representación como engaño e intenta delimitar lo que la hace en general posible, supone la irrupción dentro de la identidad y la homogeneidad serena del discurso de una alteridad irreductible. Esforzándose así en elaborar una problemática en la que el lenguaje se piensa a sí mismo, y en un esfuerzo de versión sobre sí iría hasta tornarse contra sí mismo en una violencia que lo impelería a expresar su parte muda, suponiendo por consiguiente, la permanencia en él de una cierta contradicción insalvable —otro nombre del juego de la alteridad dentro de la unidad— el discurso semiológico se comprometería necesariamente a **pensar el sentido en una relación esencial con el no-sentido.**

Sin embargo, en la medida en que la semiología renuncia a constituirse como metalenguaje, en la medida en que ella se compromete a la vez a promover el análisis de un objeto discursivo específico, y a discernir y revelar en ella misma su propia pertenencia al espacio de la representación, se condena a perseguir una autocrítica incesante más ajustada y más pertinente a su objeto, o a promover un auto-análisis que no deja de poner en peligro hasta la posibilidad de enunciación de su mismo discurso. Atravesado por una inquietud crítica esencial, el discurso semiológico, si bien puede prestar conceptos y esquemas explicativos a varias ciencias humanas y especialmente adoptar, dado el caso, un punto de vista positivista y/o inspirarse de los métodos estructuralistas, deberá sin embargo en su desarrollo cuestionar sin cesar

sus armas y sus métodos y de manera más general cuestionar su propia pretensión a la cientificidad. Su discurso estará entonces marcado por discontinuidades epistemológicas que, si bien contravienen el principio de una coherencia ideal del discurso científico (inaugurando así la ciencia heterológica postulada por Bataille) no lo conducen necesariamente —porque le corresponderá sin embargo, concertar sus pasos y su estrategia— al abandono de todo discurso riguroso.

En cuanto a la revelación del campo formal y energético que la semiología postula como fundamento del discurso, aporta ella la posibilidad de la explotación extensiva y sistemática de las técnicas de formalización o sea de la construcción de modelos susceptibles de simular el funcionamiento de los dispositivos significantes.

En fin, el análisis de la representación se apoyará en tres campos cuya acción entrecruzada e interdependiente permitirá definir la positividad de su práctica y de su doctrina. Este triple campo supone:

1). La definición de una lógica del signo, de su vocación logocéntrica (Derrida), del proceso según el cual se elabora un espacio imaginario e ideal que constituye la forma básica original de la representación. Le corresponde, en efecto, a la misma semiología elaborar este campo, pero deberá apoyarse para hacer esto, por un lado en la lingüística, por otro lado —pero con una perspectiva crítica diferente a su intención esencial— en ciertos textos filosóficos mayores.

2). La descripción de los procesos socio-culturales concretos, es decir, de las prácticas significantes extra-lingüísticas (y especialmente de las formaciones sacrificiales, económicas y jurídicas) sobre las cuales postulamos que subyacen y que sistematizan el espacio de la representación.

3). En fin, la semiología encontrará en el psicoanálisis, no solamente un material conceptual esencial a su proyecto— una teoría del sujeto, sino sobre todo un discurso cuyas preocupaciones paralelas a las suyas se esfuerza como lo dice Foucault: "... de hacer hablar a través de la conciencia el discurso del inconsciente y de avanzar en la dirección de esta región fundamental donde se juegan las relaciones de la representación y de la finitud" y que es apto para inspirar sus pasos y la forma general de su conceptualidad.

Habiendo así definido a priori, pero de manera esquemática el campo de aplicación y la forma general de la problemática semiológica, nos preguntamos según cuál estrategia llegará ésta a realizar su proyecto, y dando libre curso a sus consecuencias, a trastornar todo el campo de las ciencias humanas.

Hay que volver aquí a una proposición capital enunciada más arriba: conforme a un principio de equivocidad integral, la semiología, decíamos, se debe a sí misma el ser a la vez pensamiento unificante y

homogeneizante y pensamiento diversificante y heterogeneizante. Franqueando un paso más, afirmamos ahora que el análisis deberá reasumir el proyecto idealista de totalización, simular la conquista del saber absoluto y en el punto extremo de esta empresa desintegrar esta totalidad misma, romperla, abrirla radicalmente sobre lo sin fondo, lo múltiple, lo plural que la hizo posible pero que fue constantemente explotado y reducido. Lejos de escamotear el juego de la alteridad en lo mismo, liberando por el contrario la acción y la reflexión, esforzándose en mantener la apuesta hasta el límite, el análisis no solamente hará lo contrario de toda tentativa de sustitución dialéctica, sino que, llegando a denunciar su engaño inherente, deshará la operación de manera radical.

Se comprende entonces que el proyecto semiológico encuentre en el (o en los) discurso(s) que constituye(n) la (o las) cima(s) de la época logocéntrica una (o varias) figura(s) necesaria(s) e indelimitable(s). Para nosotros esa cima se identificará, a título de hipótesis, con el mito cristiano, y con todo lo que se desprende de su dinastía a través de la historia.

Afirmamos entonces que en un gesto de violencia mesurada, el análisis semiológico se debe a sí mismo la realización de la subversión de este mito: dislocar el cuerpo homogéneo donde se supuso que se recogía y preservaba una plenitud sublime del sentido, abrirlo sobre la multiplicidad material y el entrecruzamiento de mecanismos significantes irreductibles a su esencia. Este trabajo de desarmar y de dislocar no puede acabarse sino al extenuar la idealidad del sentido transmitido por el mito: el texto al ser excedido no es más, al término del análisis, que un nudo de interferencias, un cruce de formaciones significantes múltiples, irreductibles a una sola idealidad cerrada. Al afirmar la necesidad de una tal recuperación transgresora anotamos además que la semiología es una teoría indisociable de una praxis: articulamos en efecto, la elaboración de una teoría semiológica sobre la base empírica que le provee una práctica analítica específica.

Llegando, en fin, en un movimiento retroactivo a definir el texto cristiano como un proyecto de totalización del campo antropológico, como una empresa de capitalización y de recapitulación de todas las formaciones significantes que constituyen su fundamento positivo e histórico, identificando en él un espacio plurívoco, estratificado, en donde se entrecruzan las problemáticas semiológica, sacrificial, económica, jurídica y la problemática del proceso de formación del psiquismo humano, la semiología aparecerá como el único discurso capaz de comprender —en todo el sentido de la palabra— el proyecto logocéntrico tal como se realizó bajo forma ejemplar sin lugar a dudas en el texto cristiano.⁸

Así, el análisis semiológico, transgrediendo en un punto la vocación metafísico-teológica del discurso, podrá relieves el sistema autoimplicado que constituye la forma singular y necesaria del mito cristiano: mostrará cómo lo que hace posible este mito, —sus condiciones exteriores de posibilidad— se encuentra recapitulado en él, pero de un

modo que supone una distorsión generalizada, un efecto irreducible de error.

Sin embargo, retrospectivamente, la explicación del discurso metafísico-teológico es lo que volverá visible y patente el sistema autoimplicado (la forma singular de un discurso reflexivo) que el discurso semiológico mismo no puede dejar de simular (o de realizar) y de hacer desintegrar (de abrir sobre lo imposible) al mismo tiempo. Nos será forzoso constatar la paradoja de esta proximidad y de esta distancia de la analítica semiológica en relación con el discurso logocéntrico. Paradoja que comprueba que no existiría de hecho la posibilidad de un trabajo destotalizador (y por lo tanto tampoco de un conocimiento) sin que el movimiento de totalización (el cometido de apropiarse de una presencia ideal e integral más allá de la ausencia actual) no hubiera estado siempre activo desde el origen de nuestra historia.

Logrando una visión de conjunto del campo que acabamos de circunscribir, podremos dominar en su mayor extensión el espacio epistemológico general que supone una semiología. Si esta consiste ante todo en una revelación de los procesos de producción y de transformación —de inscripción y de reinscripción— de las prácticas significantes que constituyen la base concreta de posibilidad de los discursos míticos, filosóficos y científicos, podemos afirmar que será posible, al aislar la forma general de este espacio de transformación y al discernir en él los bloques significantes mayores con sus modos de concatenación lógica, echar las bases de una historia monumental (Sollers). Tentaremos de bosquejar aquí de manera todavía burda, la forma general de semejante proyecto. Para hacer esto, se podrá anotar, según un eje cronológico, un encadenamiento de formaciones significantes que supondría:

1o. La existencia de prácticas significantes concretas, colectivas, y/o individuales (especialmente las prácticas sacrificiales económicas, jurídicas y políticas y de manera separada, la problemática de la formación del psiquismo humano) que dominan la unidad del cuerpo social pero cuya eficacia y cuyas formas de coerción permanecen inconscientes.

2o. El surgimiento de una o de varias prácticas discursivas míticas (especialmente el mito cristiano) cuyas condiciones materiales, semiológicas e históricas son desconocidas por cuanto solo se aprehende y se vive el juego de los efectos de sentido que se desarrollan sobre la escena representativa.

3o. El advenimiento de prácticas discursivas filosóficas y/o científicas, capaces de producir un conocimiento de las prácticas semióticas concretas pero que desconocen u omiten interrogar su propio fundamento histórico y lógico en las prácticas discursivas míticas (ocultación de su estatus representativo y discursivo y de su dependencia en relación con las prácticas discursivas míticas).

4o. La revelación del campo teórico y práctico que se esfuerza en

construir la semiología, discurso cuya particularidad esencial supone la ausencia en él de toda exclusión: la semiología es en efecto la única que plantea el problema de sus propias condiciones de posibilidad históricas y lógicas. Formalmente, el discurso semiológico se reduciría a poner en evidencia la interdependencia de los tres estratos significantes distinguidos antes; instauraría un cuestionamiento del orden representativo mismo y de su vocación metafísico-teológica. Al hacer esto sería el único en promover una analítica de las condiciones de existencia de la representación en general.

En la medida en que el marco total que acabamos de circunscribir pudiera describirse en cada una de sus articulaciones y según cada una de las homologías que supone, en la medida sobre todo en que hubiera realizado la subversión sistemática del texto cristiano conforme al programa que trazamos antes, la analítica de la representación adelantada así equivaldría a un derrocamiento y a una reorganización radical de toda la problemática filosófica centrada alrededor de la figura del hombre mismo. Una tal desarticulación de la problemática antropológica procedería en gran parte de que el advenimiento de una semiología no podría disociarse de la menor importancia dada al sujeto de la conciencia o sea de una deflación de lo imaginario, de una explicación del discurso, convertido en un simple entrecruzamiento de redes significantes. El sujeto de la conciencia como producto de la representación que es, estaría necesariamente excluido de este campo: su sitio se borraría en el instante en que el discurso al opacarse, al perder toda capacidad especulativa se agotara en la pérdida de su sentido.

Se puede entonces ahora indicar que la analítica de la representación tendría necesariamente el objeto de prolongar el gesto crítico que es inseparable del pensamiento occidental desde Kant; pero al hacer tambalear toda la problemática antropológica en el interior del espacio elaborado por una analítica del discurso, traería consigo no solamente un reordenamiento de todo el edificio filosófico sino que inauguraría sobre todo una crítica radical de las posibilidades mismas de ese discurso.

A título exploratorio, indicaremos de manera aun burda cómo esta refacción y esta crítica integral operarían una distribución general de los lugares y de las funciones de los cuatro segmentos que definen todo el campo conceptual del pensamiento antropológico, según M. Foucault.

1). La hipótesis del desdoblamiento de todo discurso sustituiría la función empírico-trascendental asumida en la antropología por el hombre mismo. En efecto, si se admite que la representación asume, en la analítica del discurso, la función desdoblada de objeto de conocimiento y de forma previa a partir de la cual todo conocimiento es posible, hay que establecer, por una parte, una relación entre la función trascendental suscitada por el juego de la escena representativa y la sintaxis significativa a partir de la cual esta es posible; de otra parte,

una relación entre las prácticas significantes extralingüísticas y el fundamento trascendental de la representación.

2). La analítica de la representación instaura una relación fundamental del discurso con lo impensado. Apunta no solamente, teniendo en cuenta la extensión de su campo, a definir el inconsciente del discurso logocéntrico como inconsciente cultural primordial, sino de hecho, a determinar el juego de restricciones que han condicionado el advenimiento de una conciencia como fenómeno históricamente deducible a partir de la praxis social global. Sin embargo, el discurso semiológico, al descubrir la fuente enigmática y muda de donde procede todo discurso, guarda una relación decisiva con este espacio indeciso y peligroso donde el saber asume en su relación con una alteridad irreducible el riesgo de una dispersión absoluta del sentido.

3). En la medida en que la analítica del discurso, en el movimiento retrospectivo que instaura, supone una anamnesis de las formaciones significantes que marcan las articulaciones mayores de una historia monumental, se inscribe ella desde un principio en la oscilación indefinida del retroceso y del retorno del origen. Al iniciar una recapitulación de todas las figuras de su historia, suspende, frustra la expectativa del deseo de plenitud y al designar el vacío de origen apunta hacia una realización que no promete nada.

4). En fin, la realización del discurso semiológico se resuelve en una analítica radical de la finitud. Porque comprueba que toda revelación es al mismo tiempo ocultación, que la representación es el lugar, no de un conocimiento, sino de un desconocimiento original, porque intenta en un momento romper los límites de lo posible, revela mejor que nada lo que permanece para siempre imposible. Esta crítica, la dirige especialmente contra la presunción de cientificidad de las ciencias humanas; muestra por qué toda ciencia humana es todavía demasiado "piadosa", ya que está fielmente ligada y subordinada a la matriz ideológica original de la cual no es más que un producto de disociación. Se comprende entonces que al intentar y al fallar la curva que acabamos de trazar, la semiología no hace más que remedar el proyecto de saber absoluto que encuentra en el discurso hegeliano la forma última de su realización. Discurso del saber absoluto que no es otra cosa, y no de manera fortuita según proyecto muy explícito y consciente de Hegel, que una recuperación especulativa de la "religión revelada".

En fin, en este límite extremo de su recorrido, la operación contemplada por la analítica de la representación es una sola con la operación soberana prevista por Bataille. Bataille supo, en efecto, formular de manera rigurosa lo que nos reservaba lo ulterior a la realización del círculo del saber absoluto: un sacrificio singular, inaudito del sentido, una prodigalidad, un gasto insensato que no busca ninguna esperanza ni ninguna consolación. Este desbordamiento del sentido, excedido, llevado más allá de los límites razonables (más allá de los límites de la razón) es hoy una tarea necesaria que aunque no podría realizarse más que una sola vez, producirá lo que Bataille denomina la experiencia soberana:

"En lo soberano, la autonomía procede [...] de un rechazo de conservar, de una prodigalidad sin medida. El objeto en un momento soberano no es substancia, **ya que se pierde**. La soberanía no difiere en nada de una disipación sin límite de las "riquezas", de las substancias: si limitáramos esta disipación, por una economía destinada a otros momentos, se limitaría —se anularía— la soberanía del momento inmediato. La ciencia que relaciona los objetos de pensamiento con los momentos soberanos no es de hecho más que una economía general que contempla el sentido de estos objetos, los unos con relación a los otros, finalmente con relación a la pérdida de sentido [...] Esta pérdida inútil, insensata es lo que constituye lo soberano"⁹.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

1. *Les Mots et les Choses*, Gallimard, 1966, p. 315.
2. *Ibid.* pp. 315-16.
3. *Cours de Linguistique Générale*, Payot, 1968. p. 33.
4. Ver: J. Derrida, *De la Grammatologie*, Minuit, 1967, & "Semiologie et Grammatologie", en: *Positions*, 1972.
5. *Cours de Linguistique Générale*, p. 33.
6. *Les Mots et le Choses*, p. 316.
7. *Ibid.*, p. 385.
8. No se puede dejar de citar aquí la profunda intuición que tuvo Bataille al decir que "El cristianismo no es en el fondo más que una cristalización del lenguaje. La solemne afirmación del 4º evangelio **Et verbum caro Factum est**, es en cierto sentido, esta verdad profunda. La verdad del lenguaje es cristiana. Sea el hombre y el lenguaje reproduciendo el mundo real con otro imaginado —disponible por medio de la evocación—, el cristianismo es necesario o si no alguna afirmación análoga". G. Bataille, *Oeuvres Completes*, Fragment sur le christianisme, Tomo V, Gallimard, 1973, p. 382.
9. *Ibid.* pp. 215-6. (Subrayado del autor).

SUSCRIPCION ANUAL: \$ 100.00 COLOMBIANOS

— US DOLLARS 5 —

ENVIAR CHEQUE A NOMBRE DE UNIVERSIDAD DEL VALLE

APARTADO AEREO 2188 — CALI — COLOMBIA

— ACEPTAMOS CANJE —



PUBLICACIONES DE LA DIVISION DE HUMANIDADES

1. CUADERNOS DEL VALLE, N° 1. "Techumbres Mudéjares de la Nueva Granada". Autor: Santiago Sebastián. Precio: \$ 10.00. Páginas: 42.
2. CUADERNOS DEL VALLE, N° 2. "El Romanticismo, la Ciencia y el Siglo XX". Autor: John Neubauer. Páginas: 31.
3. CUADERNOS DEL VALLE, N° 3. "Hombre y Filosofía". Autor: Daniel Herrera. Páginas: 57.
4. CUADERNOS DEL VALLE, N° 4. "Santiago de Cali: Documentos de su Fundación". Autor: Oscar Gerardo Ramos. Páginas: 69.
5. CUADERNOS DEL VALLE, N° 5. "Templos Doctrineros Neogranadinos". Autor: Cornellis Ch. Goslinga. Páginas: 51.
6. CUADERNOS DEL VALLE, N° 6. "Introducción a Paul Valéry". Autor: Jean Bucher. Páginas: 72.
7. CUADERNOS DEL VALLE, N° 7. "La Universidad del Valle 1945-1970". Autor: Elva L. Ortiz. Páginas: 164.
8. CUADERNOS DEL VALLE, N° 8. "Los Medios Audiovisuales en la Enseñanza de la Historia". Autor: Eduardo Castellanos. Páginas: 58.
9. CUADERNOS DEL VALLE, N° 9. "Kierkegard, Los límites de la dialéctica del individuo". Autor: Francisco Jarauta. Páginas: 139.
10. Revista LOGOS, N° 1. Diciembre de 1971. Páginas: 158.
11. Revista LOGOS, N° 2 y 3. Octubre de 1972. Páginas: 128.
12. Revista LOGOS, N° 4 y 5. Mayo de 1973. Páginas: 180.
13. Revista LOGOS, N° 6. Junio de 1973. Páginas: 180.
14. Revista LOGOS, N° 7. Octubre de 1973. Páginas: 150.
15. Revista LOGOS, N° 8. Enero de 1974. Páginas: 122.
16. Revista LOGOS, N° 9. Junio de 1974. Páginas: 99.
17. Revista LOGOS, N° 10. Octubre de 1974. Páginas: 99.
18. Revista LOGOS, N° 11. Enero de 1975. Páginas: 175.
19. Revista LENGUAJE, N° 1. Febrero de 1972. Páginas: 159.
20. Revista LENGUAJE N° 2 y 3. Septiembre de 1972. Páginas: 253.
21. Revista LENGUAJE, N° 4. Diciembre de 1972. Páginas: 86.
22. Revista LENGUAJE N° 5. Marzo de 1973. Páginas: 123.
23. Revista LENGUAJE, N° 6. Febrero de 1976. Precio: \$ 45.00. Páginas: 92.
24. "Taller de Escritores", publicación tipo periódico. N° 1: Diciembre de 1972. N° 2 y 3: Mayo y Junio de 1973.
25. Serie Textos, N° 1. "Manual de Técnica del Trabajo de Documentación". Autor: Samuel Estrada Duque. Páginas: 102.
26. HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL DE COLOMBIA 1537-1719. Autor: Germán Coimenaes. Páginas: 345.
27. LA FILOSOFIA EN COLOMBIA, BIBLIOGRAFIA, 1627-1973. Autor: Daniel Herrera R. Páginas: 247.
28. MEMORIAS IV CONGRESO DE LA NUEVA NARRATIVA HISPANOAMERICANA. Páginas: 90.
29. HEGEL DESDE PLATON HASTA NUESTROS DIAS. Autor: Gloria Rodríguez de Ospina.
30. IDEAS BASICAS DE PALEOGRAFIA. Autor: Francisco Zuluaga. Páginas: 65.